

S O B R E M I P A D R E

«SUR LA MORT DE MON PÈRE

ET LES CAUSES LOINTAINES DE SON ÉVASIÓÑ»

FUE REDACTADO DIRECTAMENTE EN FRANCÉS POR TATIANA TOLSTÓI
Y SE PUBLICÓ EN JULIO DE 1928 EN EL NÚMERO 67 DE LA REVISTA *Europe*.

EL INSTITUTO DE ESTUDIOS ESLAVOS DE LA UNIVERSIDAD DE PARÍS
LO EDITÓ EN 1960 CON UN PRÓLOGO DE ANDRÉ MAZON. LUEGO,
JUNTO CON OTROS TEXTOS DE TATIANA TOLSTÓI DEDICADOS A SU PADRE,
FUE INCLUIDO EN EL LIBRO *Avec Léon Tolstoï* (ALBIN MICHEL, 1975).

MÁS RECIENTEMENTE, HA VUELTO A APARECER EN FRANCIA

CON EL TÍTULO DE *Sur mon père* (ALLIA, 2003).

ESTA PRIMERA TRADUCCIÓN AL CASTELLANO

SE DEBE A JULIA ESCOBAR. POETA, NOVELISTA, CRÍTICA LITERARIA
Y TRADUCTORA, OBTUVO EL PREMIO STENDHAL DE TRADUCCIÓN EN 2001
POR *Frente a los cerrojos* DE HENRI MICHAUX (PRE-TEXTOS, 2000).

EN 1999 SU LABOR DE DIFUSIÓN DE LA CULTURA FRANCESA

FUE RECONOCIDA POR EL MINISTERIO DE CULTURA DE FRANCIA

AL DISTINGUIRLA COMO CABALLERO DE LA ORDEN

DE LAS ARTES Y LAS LETRAS. PARA NORTESUR HA TRADUCIDO

Madame de, *El violín de Crémona* Y *Memorias de Coco*,

DE LOUISE DE VILMORIN, *La gata* Y *Prisiones y paraísos*,

DE COLETTE, Y *Carta a un rehén*,

DE SAINT-EXUPÉRY.

Tatiana Tolstói
1864-1950

SOBRE MI PADRE
1928

Traducción del francés de
Julia Escobar

NORTESUR
Barcelona
2010

A menudo se me ha reprochado no haber protestado nunca por las imposturas, los plagios, las deformaciones, las calumnias que de vez en cuando aparecían, y aparecen aún, en la prensa de todo el mundo, asociadas al nombre de mi padre, Lev Tolstói.

No he hecho más que seguir su ejemplo: mi padre tenía por norma no hacer caso de ningún ataque contra sus derechos literarios ni de ninguna calumnia sobre su vida privada.

Si hoy he roto mi silencio es porque han aparecido algunos libros, escritos por amigos de mi padre, que pintan un cuadro falso de las relaciones entre mis padres, así como un retrato de mi madre deformado por la parcialidad. En estos libros los hechos relatados son, en general, exactos, pero, como diría Nikolái Gógol, no hay nada peor que una verdad que no es cierta.

En mi calidad de hija mayor he considerado que me correspondía defender la verdad. Debo a la memoria de mis padres la decisión de romper hoy mi silencio. Doloroso deber, ciertamente, porque tengo que revelar muchas cosas que, por lo común, no suelen salir del círculo íntimo de una familia.

Yo no he vivido en una casa corriente. Nuestra casa era de cristal, abierta a cualquiera.

Cada cual era muy libre de verlo todo, de penetrar en el secreto de nuestra vida familiar y referir en la plaza pública el resultado más o menos verídico de dichas observaciones. Nuestra única garantía era la discreción de nuestros visitantes.

Mi padre nunca ha rehuído hablar de sí mismo cuando lo consideraba necesario. No ha vivido escondido. Ha escrito su *Confesión*, y en esa confesión, de una implacable sinceridad, ha entregado los pliegues de su corazón a todos.

Considero que ha llegado el momento de compartir con quienes se interesan por Tolstói todo lo que, durante una vida junto a él, he experimentado por mí misma. Tengo mi propia opinión sobre las relaciones entre mi padre y mi madre, sobre sus relaciones con nosotros, sus hijos. Soy un testigo. He querido primero dirigirme a mis hermanos y hermanas rusos. Mi padre tiene todavía entre ellos muchos amigos. Hoy me dirijo al público francés entre el que también hay, estoy segura, muchos amigos de Tolstói. En cuanto a mí, nada tengo que ocultar a esos amigos. Deseo que sean jueces. Deseo mostrar ante sus ojos, iluminándolos con una nueva luz, algunos aspectos de la vida de mi padre. Les daré plena confianza y plena confidencia, y si no digo todo lo que podría decir sobre el drama de la vida de mis padres, es porque hay demasiada gente involucrada en esa tragedia y, para algunos de ellos, puede ser todavía demasiado pronto.

Todas las fechas están aquí indicadas al «viejo estilo», es decir, con trece días de retraso.

Creemos oportuno señalar que Tolstói se escribe en ruso «Tolstoy». El día en que, en contra de su costumbre, mi padre puso una i en lugar de una i griega, Alexandra Andréievna Tolstaia,¹ pariente suya, se lo reprochó diciéndole que no había que contravenir un uso consagrado por más de un siglo.

¹ (1817-1904) Tía segunda de Lev Tolstói y dama de honor de la corte zarista. (*N. del E.*)

Una noche de otoño, el 28 de octubre, a las tres de la madrugada, mi padre se marchó de su casa de Yásnaia Poliana, el lugar donde había nacido y pasado gran parte de su vida.

¿Qué motivos provocaron esa marcha, mejor dicho, esa fuga? ¿Son conocidos? ¿Los conoceremos alguna vez?

Es fácil decir que Tolstói huyó de su mujer porque ésta no le comprendía y le hacía la vida imposible. O bien, porque no podía soportar el lujo relativo en el que vivía su familia y deseaba vivir una vida sencilla, alejada del mundo, entre campesinos y trabajadores. Pero en la vida de un hombre nunca hay una única razón que le empuje a cometer determinada acción en lugar de otra. Sobre todo, en una naturaleza tan rica, tan apasionada, tan compleja como la de mi padre, en la que había toda una red de motivos que se confundían, se entrecrocaban, se contradecían y se conciliaban, dando como resultado tal o cual acción.

He sido testigo de la vida de mi padre durante los dos períodos de su existencia: el de antes de su crisis religiosa y el de después. Yo añadiría que he sido un testigo especialmente autorizado. He estado asociada a su vida íntima más que nadie. Durante los treinta y cinco años anteriores a mi matrimonio, siempre viví en casa. Mi padre me hacía muchas confidencias, sobre todo en lo relativo a mi madre. Él sabía que yo les quería a los dos y que estaría siempre dispuesta a hacer lo imposible para que vivieran en paz.

Mi madre también me confiaba sus más secretos pesares y me comunicaba sus alegrías. Yo era su hija mayor, ella sólo me llevaba veinte años. Con el paso del tiempo, la diferencia de nuestras edades se borró

hasta el punto de que muy pronto me trató casi como a una igual y a una amiga.

Para comprender la situación trágica que se fue elaborando de manera insensible durante casi medio siglo y que desembocó en la marcha de mi padre y en su muerte en la humilde casa de un jefe de estación, hay que comprender cómo era Tolstói tras la edad consciente y cómo era la que iba a convertirse en su mujer, la joven Sofia Bers.²

Tengo ante mí el diario íntimo de mi padre desde 1847. Él tenía entonces diecinueve años y era estudiante en la Universidad de Kazán. Y tengo el diario de mi madre desde 1862. Tenía dieciocho años y acababa de casarse. Un lector atento encontrará en ambos documentos el germen del carácter que se desarrolló y se consolidó en la edad madura.

Éste era el hombre: en lucha siempre con sus pasiones, siempre analizándose, juzgándose con una severidad implacable, exigente consigo mismo y con los demás. Al mismo tiempo un optimista incorregible, que nunca se quejaba, que encontraba salida a las posiciones difíciles, que buscaba soluciones a cada problema, un consuelo para toda desgracia o todo contratiempo. Hasta en el dolor de muelas encontraba una compensación. Anota en su diario: «El dolor de muelas me hace apreciar mejor la salud». Y en otra parte: «Mis desgracias me han reportado sin duda un gran provecho moral, por tanto agradezco a Dios que me las haya dado».

El *leitmotiv* de toda su vida fue «ser mejor». El 24 de marzo de 1847, escribe: «He cambiado mucho, pero nunca he alcanzado el grado de perfección que habría deseado». E inmediatamente anota en su cuaderno algunas normas de conducta.

² Sofia Andréievna, de soltera Bers, dieciséis años menor que Lev, fue su mujer durante cuarenta y ocho años. Era hija de un reputado médico de Moscú. (*N. del E.*)

Se pone muchas tareas y, como nunca las puede cumplir todas, se muestra descontento de sí mismo.

El 7 de abril escribe:

Me voy una semana al campo. ¿Qué hacer durante esa semana? Aprovecharé para estudiar inglés, latín, derecho romano y ocuparme de las normas que quiero imponer a mi vida.

Y, una vez pasada la semana, anota:

¿A qué dedicaré mi tiempo en el campo durante los próximos dos años?

1) Estudiar derecho para aprobar el examen final en la universidad. 2) Estudiar los primeros elementos de la medicina teórica y práctica. 3) Estudiar lenguas: francés, ruso, alemán, inglés, italiano y latín. 4) Estudiar agricultura teórica y práctica. 5) Estudiar historia, geografía y estadística. 6) Estudiar matemáticas (curso del instituto). 7) Estudiar una tesis. 8º) Intentar alcanzar la perfección en música y en arte. 9) Poner por escrito la regla de mi vida. 10) Adquirir algunos conocimientos en ciencias naturales. 11) Escribir algo sobre todos los temas que estudie.

Al día siguiente se da cuenta de que ha exagerado y, el 18 de abril, anota:

Me he asignado demasiadas normas y he querido seguirlas todas a la vez. No tengo fuerzas suficientes.

Tras dos meses de esfuerzos constata:

¡Ay! Qué difícil es para un hombre mejorar cuando sólo tiene malas influencias... ¿Llegará algún día en que ya no dependa de las circunstancias? A mi entender, la perfección consiste en eso.

Mucho después se da cuenta de que «la perfección» y «el perfeccionamiento» son cosas diferentes y, el 3 de julio de 1854, escribe:

Mi principal error... es que he confundido el perfeccionamiento con la perfección. Hay que empezar por conocerse bien a uno mismo, conocer sus defectos e intentar corregirlos, en lugar de proponerse como meta la

perfección, que no sólo es imposible de alcanzar en un punto tan bajo como en el que estoy, sino que... te priva de toda esperanza de poder alcanzarla.

Sigue esforzándose incansablemente. Continúa esperando. De vez en cuando anota sus progresos en la vía del perfeccionamiento. Dice que «da grandes pasos». Se «congratula por la rapidez con la que prosigue mi perfeccionamiento moral». Nunca se detiene en esa vía. Un día, se asigna la siguiente tarea: «Una buena acción cada día». Y añade: «Con eso basta».

Estoy firmemente decidido a dedicar mi vida al prójimo. Me lo digo por última vez: si en tres días no hago nada para los demás, me mato.

Y un mes después: «Si no hago nada mañana, me suicido».

Muchos años después, mi padre, al recordar aquellos años de lucha, escribía:

Mi única fe sincera en aquella época era la fe en el perfeccionamiento. Cuál era su meta, lo ignoraba... Yo deseaba con toda mi alma ser bueno, pero era joven, tenía pasiones, estaba solo, completamente solo cuando buscaba el bien. Cada vez que expresaba mi deseo más íntimo –ser bueno moralmente– encontraba desprecio y burlas. Y en cuanto me entregaba a las malas pasiones, me alababan y animaban.

Luego vino el matrimonio.

El 12 de septiembre de 1862 anota: «Estoy enamorado como no creía que pudiera estarlo. Estoy loco, y me pegaré un tiro si esto sigue así».

El 16 de septiembre envía a la joven Sofia Bers una carta en la que se declara; y escribe en su diario:

Me he declarado. Ella: sí. Ella, como un pájaro herido. Inútil escribir. Imposible olvidar y anotar esto.

Una semana después –el 23 de septiembre– celebran su boda. Dos días después, anota:

Felicidad inmensa... Es imposible que todo esto sólo se termine con la muerte.

¿Qué significaba el matrimonio para Tolstói? Una página de amor, un medio de poner fin a las tentaciones que le asaltaban; una etapa en su vida, a la que no podía dedicar todas sus fuerzas espirituales y mentales. Y no ha transcurrido un año cuando se da cuenta de que esos nueve meses de matrimonio han sido para él un periodo de abotargamiento. Siente remordimientos por su vida egoísta. Le pesa su ociosidad y ya no se puede estimar. Las alegrías de la vida familiar le absorben por completo y le hacen olvidar: «las altas regiones de la verdad y de la fuerza» que conociera antes. El 18 de julio de 1863 anota:

¿Dónde está mi yo? ¿Ese yo que amaba y conocía, que a veces se proyectaba de pronto al exterior y me causaba a mí mismo placer y espanto? Soy pequeño e insignificante. Y lo que es peor, me he convertido así desde que me casé con una mujer a la que amo...

Y termina las notas de ese día con este ruego: «Señor, dame la gracia y ayúdame...».

Y ésta es la mujer. ¿Quién era ella cuando conoció a Tolstói, le amó y se casó con él? La segunda hija del doctor Bers, médico de la corte imperial de Rusia, educada como todas las damiselas de su clase y de su siglo. En aquella época, el matrimonio era la meta de toda joven. Y mi madre tendía instintivamente a alcanzar ese ideal. Para ella el matrimonio era sagrado. Toda su educación la había preparado para la vida de familia y aportaba a esa vida las riquezas de su cuerpo y de su alma vírgenes.

Pero, al revés que su marido, ella es pesimista por naturaleza. Se desanima a menudo y se acongoja con facilidad. Le parece que lo que la rodea está hecho para hacerla desgraciada. Se encuentra siempre en un callejón sin salida imaginario y, en lugar de buscar una salida, se lamenta, se dirige toda suerte de reproches y se busca excusas. Se siente responsable de todas las desgracias que la circundan y culpable de no poder remediarlas.

El primer gran pesar de su vida fue el descubrimiento del pasado de su marido. Hasta su muerte no pudo reconciliarse con la idea de que ella le había dado todo su amor, mientras que él había amado a otras mujeres antes que a ella. Leo en su diario:

Todo su pasado es tan terrible para mí que creo que nunca encontraré consuelo... Él no comprende que todo su pasado, toda su vida, con sus miles de sentimientos buenos y malos, no pueden pertenecerme, como no me puede pertenecer su juventud, gastada en Dios sabe en quién y por qué. Él no comprende tampoco que yo le he dado todo, que no he malgastado nada en la vida y que sólo mi infancia no le ha pertenecido... E incluso mi infancia le pertenecía... A él le habría gustado que yo hubiera vivido la misma vida que él y que hubiera experimentado el mal como él mismo lo ha experimentado, para que yo también pueda comprender mejor el bien. Está instintivamente irritado de que la felicidad me haya llegado con tanta facilidad, que la haya tomado sin reflexionar, sin sufrimientos. Yo no puedo perdonar a Dios que haya dispuesto las cosas de forma que los hombres, antes de convertirse en personas formales, tengan que pasar por tales experiencias.

Mi madre no sabía disfrutar de la felicidad que se le ofrecía. Incluso en los momentos felices se las ingeniaba para saturarse de dudas y de presentimientos.

Cuando él no está bien, pienso: ¿y si se muriera? Y esas negras ideas me duran tres horas. Cuando está alegre, me digo: ojalá le dure esa alegría... Cuando no está conmigo, o está ocupado, su pensamiento me persigue,

aguzo el oído: ¿es él? Si ha llegado, escudriño la expresión de su rostro...

Está celosa de todo y de todos.

Estoy harta de ese pueblo suyo. Siento que tiene que escoger entre yo – yo, como representante de la familia– y el pueblo y el vehemente amor que le profesa. Es un sentimiento egoísta. ¡Qué importa! Vivo para él y por él. Exijo lo mismo para mí... He leído los inicios de sus escritos. Siempre que veo que hay amor, mujeres, siento asco, lástima. Quisiera quemarlo todo, todo, para que nada me recordara su pasado. Y no me apiadaría de sus desgracias, porque los celos me convierten en una espantosa egoísta. Si pudiera matarlo, y luego crear otro hombre nuevo, igual a él, lo haría con gusto.

¡Pobre criatura! Sufre con todas esas incoherencias que inventa para atormentarse. No comprende que sus sufrimientos provienen de la incompatibilidad de su idea del matrimonio con la realidad. Para ella todo llevaba a la vida familiar: ser una mujer amante y fiel, una madre devota, tal era el deber que se había impuesto. Y Dios sabe que lo cumplió honradamente durante toda su vida. Mi madre quería que él hubiera hecho lo mismo con ella.

¿Pero podía él limitar sus intereses a las exigencias familiares y no ser más que marido y padre?

La discordia, que de manera casi imperceptible se fue estableciendo desde los primeros días del matrimonio de mis padres, permaneció en estado latente durante veinte años, gracias al gran amor que les unía, hasta el momento conocido como la conversión o crisis religiosa de Tolstói y que él llamaba su «segundo nacimiento». Los veinte primeros años de su matrimonio fueron felices.

Mi madre tiene dieciocho años cuando se casa con mi padre. Es hermosa, fina, morena y ardiente. Jamás ha vivido en el campo. Y de pronto, esta urbana, esta niña, o casi, tiene que renunciar a las alegrías de

una familia numerosa, a la vida de las grandes ciudades y sus diversiones. En una noche oscura de septiembre parte junto con su marido en uno de esos grandes coches de viaje que se llamaban *dormilonas*.³ Se marcha a Yásnaia Poliana, donde sólo encontrará a una vieja tía, Tatiana Alexandrovna, que vive allí acompañada únicamente de algunas extrañas personas, una de las cuales no está enteramente cuerda. Sofia está atemorizada: en lugar de la brillante iluminación del Kremlin, donde vivían sus padres, la profunda oscuridad de un patio; en lugar de amables visitantes, peregrinos de paso ante los que se abren las puertas de la casa. Ese medio insólito para ella le parece extraño y algo temeroso. Y su marido duerme en un diván, sin más almohada que un cojín de cuero, ¡y sin funda!

A la joven le costó trabajo adaptarse a un género de vida tan novedoso para ella. Pero un amor profundo y compartido le hacía olvidarlo todo.

Mi padre escribe en su diario:

Sofia es incomparablemente pura, buena e íntegra conmigo. En estos momentos, no soy yo quien la posee, no me atrevería, es ella la que me tiene por entero.

La joven Sofia, por su parte, se juzgaba muy lejos de ser digna de ese gran hombre, su esposo. Hacía un constante esfuerzo para alcanzar ese nivel en el que lo colocaba: «No dejo de sentir –escribía en su diario– su superioridad en todo: superioridad en la edad, superioridad en la educación, en la inteligencia, experiencia de la vida, para no hablar de su talento. Me esforzaba por acercarme a él espiritualmente, y ya que no podía ponerme a su altura, al menos acercarme lo suficiente para comprenderle. Pero sentía mi impotencia».

Así se vivía entonces en Yásnaia Poliana. Mi padre, tras tomar café, entraba en su despacho; pero, incluso cuando trabajaba, no se decidía a

³ Coche de viaje en el que puede uno tumbarse y dormir como en una cama. (*N. de la T.*)

separarse de su mujer. Ella, con su labor a cuestas, se sentaba en el diván y permanecía en silencio mientras él escribía. Y por la noche pasaba a limpio las hojas escritas durante el día. Nunca faltó, por muy cansada que estuviera, a lo que ella consideraba su principal tarea. Cuando terminaba, iba al salón a hacer compañía a la anciana tía.

No tardó en esperar su primer hijo. Cuando se encontraba mal, le gustaba tenderse a los pies de su marido, sobre la piel del oso negro cuyos colmillos y zarpas estuvieron a punto, unos años antes, de ser fatales para Tolstói. Mi madre se dormía ahí con un sueño apacible esperando la hora en que cada uno al se retirara a su habitación. Mi padre no sólo quiso que mi madre amamantara a ese primer hijo (mi hermano Serguéi), sino que prescindiera de la ayuda de una criada. Esta exigencia fue dura para una joven sin experiencia, criada entre cierto lujo. El niño estaba enfermo. La lactancia, que hacía sufrir a mi madre, sólo fue interrumpida por necesidad evidente y absoluta. ¿Contratar a una niñera? A mis padres les parecía un crimen. Decidieron destetar al niño. En aquella época no se atendía mucho a la higiene y la esterilización. El bebé enfermó gravemente. Mi madre anota en su diario cómo mi padre preparaba la leche para el niño y lo alimentaba con el biberón, las manos temblorosas, aplicándose a ese menester nuevo para él. «En cuanto a mí –escribe ella–, estaba en el colmo de la desesperación. Lloraba noche y día. Me despedía del pequeño, le hablaba como si pudiera comprenderme, excusándome por no poder alimentarle, explicándole que no era culpa mía.»

El padre velaba a su hijo noches enteras. El nuevo día lo encontraba completamente vestido, y volvía a su despacho a reunirse con Alejandro I, Napoleón, Pedro, el príncipe Andréi, Natacha, Platón Karataiev, todos los personajes de la epopeya que estaba escribiendo por entonces, *Guerra y paz*. Llegó un momento en el que, muy a pesar suyo, tuvieron que recurrir a una nodriza.

No tardé mucho en venir al mundo. Conmigo no hubo esos problemas. Mis padres estaban contentos con la vida; mi padre escribía a su suegro: «Es como si empezáramos nuestra luna de miel, Sonia es encantadora con sus dos hijos».